

# RIO ARGA

REVISTA DE POESIA



PAMPLONA **109** 1<sup>er</sup> TRIMESTRE 2004

CAJA  NAVARRA

# RIO ARGA

REVISTA DE POESIA

**COLABORAN:**

José Alonso, Javier Asiáin, Carlos Benítez, Xavier Etxarri, Dionisio González, Jesús Górriz, Nicolás del Hierro, Luis López, Ignacio Lloret, Carlos Mata, Jean Moreau, Santiago Montobbio, Alfonso Pascal.

**ILUSTRA:**

Portada e interior:  
Alexander Crespo

**Director:**  
VÍCTOR MANUEL ARBELOA

**Consejo de Redacción:**  
JOSÉ LUIS AMADOZ, JUAN RAMÓN CORPAS, BLANCA GIL,  
CARLOS MATA INDURÁIN, JESÚS MAULEÓN,  
ALFONSO PASCAL ROS, MAITE PÉREZ LARUMBE

Edita: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.  
Avda. del Ejército, 2

Correspondencia y suscripciones: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.  
Obra social  
Avda. del Ejército, 2

Precio del ejemplar: 1,80 €.

Suscripción anual: 5,20 €.

Depósito Legal: Na: 1573-1976

Imprime: GARRASI, Avda. Barañain, 52 - Pamplona.

# CARLOS MATA INDURÁIN

## LA POESÍA PASTORIL Y AMOROSA DE JERÓNIMO ARBOLANCHE

Cervantes, en su *Viaje del Parnaso* (1614), presenta al tudelano Jerónimo Arbolanche (h. 1546-1572) como el caudillo de los ejércitos de los malos poetas que asaltan el famoso monte en el que viven y desde el que ahora se defienden los buenos literatos:

El fiero general de la atrevida  
gente, que trae un cuervo en su estandarte,  
es Arbolánchez, muso por la vida (VII, vv. 91-93).

Nótese que la insignia de los poetastros es el negro cuervo de vulgar graznido, al que se opone el bello y canoro cisne, símbolo tradicional de los poetas de calidad notoria. Poco después el autor del *Quijote* se refiere a la única obra conocida del navarro, *Las Abidas* (Zaragoza, 1566), con estas significativas palabras:

En esto, del tamaño de un breviario,  
volando un libro por el aire vino,  
de prosa y verso, que arrojó el contrario.

De verso y prosa el puro desatino  
nos dio a entender que de Arbolanches eran  
*Las Abidas*, pesadas de continuo (VII, vv. 178-83).

De hecho, si el nombre de Jerónimo Arbolanche resulta hoy día conocido, ello se debe en buena medida a esta doble —y negativa— alusión cervantina. Su obra apenas ha merecido atención por parte de la crítica, con una notable excepción: me refiero a la edición facsímil de *Las Abidas* preparada por Fernando González Ollé, que publicó acompañada de un exhaustivo estudio preliminar, un vocabulario y la pertinente anotación filológica (Madrid, CSIC, 1969-1972, dos vols.). Puede afirmarse que el riguroso y erudito trabajo de González Ollé sirvió para recuperar la figura de este olvidado escritor para el panorama literario navarro y español.

No voy a detenerme ahora en el análisis en profundidad de las razones que pudo tener Cervantes para lanzar tan duras críticas contra Arbolanche. Baste con resaltar que, para encabezar las huestes de los malos poetas, más allá de razones de estricta calidad literaria, el inmortal novelista elige a un autor de importancia muy secundaria, no castellano y además desaparecido varias décadas atrás: seguramente un perfecto desconocido —podría decirse así— en la república literaria, de forma que el ataque a su persona y a su obra difícilmente podría provocar una reacción contraria por parte de nadie. Sería extraño encontrar, a la altura de 1614, exacerbados defensores de Arbolanche y de *Las Abidas*, un libro publicado en Zaragoza en 1566. Por otra parte, los ingenios de la Corte estaban en aquel momento enzarzados en otra polémica literaria de mucha más actualidad: la batalla en torno a Góngora y la poesía culterana.

La obra de Arbolanche constituye un largo poema narrativo formado por unos once mil versos, la mayoría endecasílabos blancos, que se distribuyen en nueve libros, en los que se reelabora la historia de Abido, nacido de la relación incestuosa del rey Gargoris con su hija. Al nacer el príncipe, el rey ordena arrojarlo al mar, pero es salvado de las aguas por orden del dios Neptuno; amamantado en una cueva por una cierva, Abido es prohijado por el pastor Gorgón y se cría entre pastores en el campo, circunstancia que da pie a la inclusión de numerosos episodios bucólico-sentimentales, que conforman el entramado principal de la obra. El príncipe vive «con traje pastoril y bajo oficio» (fol. 70v) hasta que se produce la anagnórisis final (posible gracias a unas señales que oportunamente se le hicieron en el brazo al nacer), es reconocido por el rey y recupera su alta posición y la condición de heredero.

Entran en la construcción del libro materiales de muy heterogénea procedencia: elementos de la novela pastoril, la bizantina, la caballerescas, el poema mitológico-bucólico, rasgos épicos, líricos, alegóricos, digresiones eruditas y geográficas, etc. Curiosamente, cabe destacar que el del poeta tudelano fue un intento —fallido, ciertamente— en el camino de integración de los distintos géneros y estilos narrativos de la época, intento que felicísimamente culminaría el propio Cervantes en 1605 (año de publicación de la primera parte del *Quijote*). «Un “raro” busca la fama» titulaba González Ollé, muy significativamente, el capítulo que en 1989 dedicaba a Arbolanche en su *Introducción a la historia literaria de Navarra* (Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, pp. 87-101).

Así pues, Arbolanche no logró la armoniosa integración de todos los variados materiales insertos en su libro, un proyecto juvenil y, sin duda, demasiado ambicioso. Ciertamente, el conjunto de *Las Abidas* no resulta de fácil lectura y, además, desde el punto de vista métrico, salta a la vista que su autor no llegó a dominar la técnica del endecasílabo: mu-

chos de sus versos chirrían con frecuencia al oído, faltos de ritmo y de cadencia en la distribución de los acentos o necesitados de violentas licencias para conseguir la correcta medida. Sin embargo, quienes se han ocupado de esta curiosa obra han coincidido en poner de manifiesto la habilidad del escritor tudelano en el manejo del metro corto: «Arbolanche resulta buen versificador —y buen poeta— en versos cortos. La facilidad, frescura y gracia de sus poesías tradicionales ha sido unánimemente alabada», escribe González Ollé (*Introducción a la historia literaria de Navarra*, p. 171). Ya Menéndez Pelayo, en sus *Orígenes de la novela* (vol. II, *Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril*, Madrid-Santander, CSIC-Aldus, 1943, p. 164), calificaba los versos cortos de Arbolanche de «fáciles, melodiosos y de apacible sencillez». José Ramón Castro señala que «tienen una dulzura, sentimientos y armonía que en nada envidian a lo mejor de Jorge de Montemayor» (*Autores e impresos tudelanos. Siglos XV-XX*, Madrid-Pamplona, CSIC-Institución Príncipe de Viana, 1964, p. 43a). Por su parte, Rudolph Schevill y Adolfo Bonilla, en su edición del *Viaje del Parnaso* (Madrid, Gráficas Reunidas, 1922, pp. 188-89), indicaban: «No es Arbolanche poeta despreciable, a pesar de las burlas de Cervantes, del canónigo sevillano Pacheco y de otros (como Villalba y Estaña, en su *Pelegrino curioso*)».

Como una pequeña muestra de esa habilidad de Arbolanche con los versos cortos propios de la tradición castellana, ofrezco a continuación algunos poemas suyos de tema pastoril y amoroso incluidos en *Las Abidas*. Ya señalé que en el conjunto de la obra el elemento pastoril ocupa un lugar importante. Estas composiciones líricas reproducen tópicos de la poesía amorosa tradicional, al tiempo que ilustran las también tópicas rivalidades de amores y celos que tienen lugar entre los pastores y pastoras que protagonizan los episodios narrativos en que se insertan. En este trabajo citaré por la edición facsímil de González Ollé, modernizando las grafías y dando al texto la puntuación que le brinde mejor sentido.

Veamos, en primer lugar, un poema que desarrolla el tópico de los cabellos sueltos de la amada como una red de amor que prende a cuantos los miran:

*Soltáronse mis cabellos,  
madre mía,  
¡ay!, ¿con qué me los prendería?*

Dícenme que prendo a tantos,  
madre mía, con mis cabellos,  
que ternía por bien prendellos  
y no dar pena y quebrantos;  
pero por quitar de espantos,

5

madre mía,  
*jay!, ¿con qué me los prendería?* 10  
(*Las Abidas*, fol. 18r)

La voz lírica femenina se dirige aquí a su madre (algo habitual en la poesía de tipo tradicional) y se lamenta por no saber cómo poner fin a los estragos de amor que causan sus cabellos sueltos. Este motivo de los cabellos sueltos, flotando al viento como poderosa red de amor, es tópico. Sobre su belleza, baste recordar el soneto XXIII de Garcilaso, «En tanto que de rosa d'azucena...», donde el dorado cabello de la mujer «con vuelo presto / por el hermoso cuello blanco, enhiesto, / el viento mueve, esparce y desordena» (vv. 6-8). Este mismo tema, la conveniencia de prender el «cabello crespado», se presenta en otro poema de Arbolanche, el que desarrolla precisamente el estribillo: «A peinar ve tus cabellos / y al aldea, / que el pastor con vanos ojos / no los vea» (fol. 19r).

Esta otra composición maneja el tópico archirrepetido de la herida de amor, al tiempo que muestra la *simpatía* que se establece entre el pastor enamorado que canta sus penas y los elementos de la naturaleza, en este caso las aves (y, en concreto, el ruiseñor), los peces, los robles (*robres*, v. 14), los ríos, montes, prados y fuentes:

*Cantaban las aves  
con el buen pastor,  
herido de amor.*

Si en la primavera  
canta el ruiseñor, 5  
también el pastor  
que está en la ribera  
con herida fiera,  
con grande dolor,  
*herido de amor.* 10

Los peces gemidos  
dan allá en la hondura;  
el viento murmura  
en robres crecidos,  
los cuales movidos 15  
siguen al pastor,  
*herido de amor.*

Los claros corrientes,  
montes y collados,  
praderas y prados, 20  
cristalinas fuentes  
estaban pendientes



oyendo el pastor,  
*herido de amor.*

(*Las Abidas*, fols. 92v-93v)

Como vemos, todos los elementos de la naturaleza están pendientes de los lamentos de este pastor «herido de amor» (el *movidos* del v. 15 quiere decir ‘conmovidos, apenados’). Para este motivo, que remite en última instancia al mito de Orfeo (la tristeza de su música, tras la pérdida de su amada Eurídice, logró apenar a ríos, peñas, árboles y fieras), podemos recurrir también al modelo garcilasista, tanto en el soneto XV, «Si quejas y lamentos pueden tanto / que enfrenaron el curso de los ríos...» como en los vv. 197-206 de la *Égloga I*, en boca de Salicio: «Con mi llorar las piedras enternecen / su natural dureza y la quebrantan...».

Una estructura dialogística —frecuente asimismo en la poesía de tipo tradicional— presenta este otro texto, en el que el pastor reprocha a la amada el robo de su alma y pide su devolución antes de que le sea reclamada por medio de un pregón:

—¿Cómo os vais, señora mía,

*llevando mi alma robada?*

—Yo, pastor, no llevo nada.

—Si lleváis mil corazones

y entr’ellos mi corazón,

5

y en sola una perfección

lleváis dos mil perfecciones,

no aguardéis a los pregones:

volved la cosa robada.

—Yo, pastor, no llevo nada.

10

—Lleváis nombre de dulzura

más dulce que nadi oyó,

y si alguna le llevó,

fue prestado, por ventura,

hasta ser vuestra hermosura

15

en el mundo celebrada,

—Yo, pastor, no llevo nada.

—¿Y ese aire tan donoso,

ese semblante risueño,

ese andar tan halagüeño,

20

ese reír amoroso

y ese mirar tan sabroso,

que lleváis el alma atada?

—Yo, pastor, no llevo nada.

(*Las Abidas*, fols. 103r-103v)



Aclararé, tan sólo, que la forma *nadí* del v. 12, por *nadie*, es habitual en la época y necesaria aquí para la correcta medida del verso.

En fin, una perspectiva distinta nos ofrece este cuarto poema, que nos muestra el dolor de ausencia de una pastora por la marcha de su pastor amado:

*Llora la zagala  
al zagal ausente;  
¡ay, cómo le llora  
tan amargamente!*

Llérale, que es ido de su verde prado sin que de sus cabras tenga ya cuidado; ganado y pastora, todo lo ha dejado	5     10
y la desdichada llora tristemente; <i>¡ay, cómo le llora tan amargamente!</i>	
En otras majadas está su querido; también en la suya, aunque sea partido, porque en sus entrañas le tiene esculpido	15     20
y así jamás puede della estar ausente; <i>¡ay, cómo le llora tan amargamente!</i>	
No hay en todo el valle álamo acopado donde el nombre suyo no tenga estampado; llamándole anda por todo el collado	25     30
y suple las faltas Eco del ausente; <i>¡ay, cómo le llora tan amargamente!</i>	
Infinitas veces entre sí está hablando	35

como si delante  
le estase escuchando;  
mas el vano gozo  
se le va acabando  
y vuelven los lloros  
improvisamente;  
*¡ay, cómo le llora  
tan amargamente!*

40

(*Las Abidas*, fols. 155r-156r)

Encontramos aquí varios tópicos de la poesía pastoril y amorosa. Así, de raigambre neoplatónica son los versos 17-22, con el tópico del amante que tiene impresa o esculpida en el alma (en el corazón, en el pensamiento...) la imagen o el rostro de su amada (recuérdese, de nuevo, a Garcilaso, soneto V: «Escrito está en mi alma vuestro gesto...»). Los versos 25-28 muestran la práctica habitual en la literatura pastoril consistente en grabar en las cortezas de los árboles el nombre de la persona amada. Además, en los versos 31-32 hay una alusión a la ninfa Eco: enamorada de Narciso, murió de pena, y de ella quedó sólo su voz; aquí se dice que el eco suple las faltas del pastor ausente.

Hay en *Las Abidas* otros poemas interesantes de temas y características similares, pero ya no los puedo reproducir aquí. Por ejemplo, los que desarrollan estos estribillos: «Esta flor de mayo, / ¿quién la cogerá?» (fol. 40v); «El zagal pulido, agraciado, / mal me ha enamorado» (fols. 48r-48v); «Ten en mucho a tu zagala, / zagalejo amado, / pues que su valor y gala / es tan aventajado» (fol. 57v); o «Pues que dais salud, zagala...» (fol. 108v), entre otros. Todos estos textos pueden verse ahora en la antología *Poetas navarros del Siglo de Oro*, prólogo, edición y notas de Carlos Mata Induráin, Pamplona, Fundación *Diario de Navarra*, 2003 (col. «Biblioteca Básica Navarra», 43), pp. 17-25.

En definitiva, he querido mostrar aquí algunos ejemplos representativos de la poesía de tema amoroso y pastoril de Jerónimo Arbolanche, que son de los pasajes mejores de *Las Abidas*. Desde el punto de vista métrico, estas composiciones —insertas en episodios que refieren historias y aventuras de tema pastoril— tienen la gracia de la mejor poesía de tipo tradicional. Ya señalé que Arbolanche no llegó a dominar el verso de origen italiano, el endecasílabo, introducido en España por Garcilaso y Boscán. En cambio, sí manejó con notable acierto los versos cortos de tradición castellana (octasílabos, hexasílabos) y los recursos propios de esa poesía tradicional (paralelismos y repeticiones, estructura dialogística...), así como los tópicos de la lírica amorosa y la literatura pastoril, tan en boga en esos años, en el ámbito hispánico, con las obras, de Garcilaso, Montemayor y Gil Polo.